



# La dimensión religiosa de lo humano en el contexto de la cultura contemporánea

The Religious Dimension of the Human  
in the Context of Contemporary Culture

*Johman Carvajal Godoy\**

Recibido el 29 de octubre de 2009  
Aprobado el 15 de octubre de 2010

---

\* Doctor en Filosofía por la Universidad Pontificia Bolivariana. Profesor interno y Jefe del Centro de Humanidades de la misma Universidad. Medellín-Colombia.  
Correo electrónico: johman.carvajal@upb.edu.co



## Resumen

Este texto trata de demostrar que la religión –en general- es un elemento constituyente de las sociedades contemporáneas, a pesar de la extremada racionalización de las diversas formas de pensamiento del siglo XVIII, del triunfo del pensamiento científico en el siglo XIX y la enorme secularización del siglo XX desde la misma ciencia, la política, la economía, la literatura y la filosofía. Esto es, inversamente a lo que se preveía – una nueva centuria atea, arreligiosa y extremadamente racionalista- nuestro tiempo ha visto un nuevo retorno a la religión, regreso marcado por nuevas espiritualidades, afianzamiento de credos tradicionales y radicalismos y extremismos religiosos, con los cuales debemos convivir día a día.

**Palabras clave:** Religión, Secularización, Política, Economía, Extremismos.

## Abstract

This paper tries to demonstrate that religion, in general, is a constituent element of modern societies, despite the extreme rationalization of the various forms of eighteenth-century thought, the triumph of scientific thought in the nineteenth century and the massive secularization of the twentieth century from science, politics, economy, literature and philosophy. That is, inversely to what was expected -a new century atheist, irreligious and extremely rationalistic-, our time has seen a return to religion again; return determined by new spiritualities, strengthening of traditional faiths and radicalism, and religious extremism, with which we live day by day.

**Key words:** Religion, Secularism, Politics, Economics, Extremism.



## Introducción

Las siguientes consideraciones tienen como objetivo central señalar que la religión, o si se quiere, la dimensión religiosa, es un elemento constitutivo de la persona, y no sólo eso, sino que también es una de las cuestiones que hacen de las personas cada vez más humanas –al menos en sus intenciones de perfeccionar sus relaciones con los demás y con el mundo, debido a que ha servido, también históricamente a prácticas de extrema inhumanidad-. Para ello desarrollaremos esta temática desde tres argumentaciones que finalmente

demostrarán, a pesar de sus claros propósitos antirreligiosos, que ella hace parte de lo humano de una manera esencial:

- El proceso de secularización de Occidente que comenzó en el siglo XVIII y terminó a finales del siglo XX.
- Las agresiones a las culturas religiosas de Oriente desde la política y el desarrollo económico.
- El protagonismo del Islam debido a su búsqueda de identidad desde el auge de la petrolización de la economía contemporánea, la emancipación del colonialismo europeo y las consiguientes expresiones de extremismo religioso.

Ahora bien, este texto no pretende agotar el tema, sino tomar estos tres referentes para demostrar que la religión –en cualquiera de sus manifestaciones- es un rasgo esencial de la humanidad –de la humanidad como aquello que nos hace personas y la humanidad como conjunto de humanos o de comunidad- y que a pesar de los enormes esfuerzos que diversas culturas y pueblos han hecho para eliminarla, sigue estando ahí, como uno de los elementos fundamentales de las sociedades de nuestro tiempo.

## El proceso de secularización de Occidente

Desde el siglo XVIII, pasando por el umbral del siglo XIX y durante gran parte del siglo XX, algunas ideologías muy influyentes de las sociedades occidentales –políticas, económicas, filosóficas, literarias y científicas- se propusieron eliminar todo lo que tenía que ver con religión. De manera que era completamente común presagiar –desde esas mismas ideologías- que la segunda mitad de ese siglo XX y el futurista siglo XXI iban a ser centurias ausentes de toda religiosidad, iconoclastas, materialistas, escépticas, racionales y científicas.

En efecto, el nacimiento de los Estados democráticos, según los modelos euro-americanos o según el paradigma comunista, hacía vaticinar que las naciones gobernadas por emperadores o reyes sagrados, al estilo de Japón, el Tíbet o la misma China de principios del siglo XX, pronto tendrían un tipo de gobierno –ya sea democrático o comunista- donde el centro de la elección de sus gobernantes lo poseería el pueblo común y corriente. En un caso o en



otro los emperadores no vuelven a ejercer el derecho divino de gobierno. Digo derecho divino porque –como en el actual Japón, otrora en China y en la antigua Roma- el emperador es el representante de los dioses en la Tierra, su hijo o su hermano, y en el momento de su muerte se convertiría en un dios más, habitante de los cielos sagrados, del cual se ocuparían los mortales con sus oraciones y plegarias. Los Estados democráticos del siglo XX serían, pues, seculares, alejados de la influencia de la religión –cualquiera sea- y tal vez ateos.

Sin embargo, la dinámica cultural de las naciones, pueblos y comunidades lo que ha demostrado hasta el momento es que no ha sido regida ni se ha regido ni se regirá por reglas que permitan prever el futuro de la humanidad. En los Estados democráticos y no democráticos, las religiones clásicas –judaísmo, cristianismo, islamismo, budismo, hinduismo- no sólo han sobrevivido sino que han contribuido al equilibrio social, el desarrollo económico y la estabilidad política –salvo las excepciones en donde grupos religiosos secundan caudillos o grupos de asesinos-. En los Estados comunistas, ciertamente, sobrevivió la religión –como el cristianismo ortodoxo en la desaparecida URSS- pero entre la gente común y corriente, porque en términos generales el Partido fue ateo por naturaleza.

Sabemos que algunas potencias democráticas y algunas potencias comunistas invadieron pequeños Estados pobres, cuyo principal capital era su religión. Eso pasó cuando las tropas de Estados Unidos entraron en Somalia en 1993 y cuando las tropas soviéticas entraron en Afganistán en la Navidad de 1979. En ambos países surgieron unas pequeñas aunque crecientes resistencias que se unieron bajo la prédica del Islam, es decir, grupos de jóvenes llegados de todo el mundo islámico que se reunieron en torno al Corán y se consideraron a sí mismos como los soldados de Alá. Dos potencias militares –las mejores armadas del mundo- que van a una guerra por cuestiones políticas, económicas y expansionistas, que lucharían contra un grupo de desharrapados, mal armados y hambrientos guerreros, que van a la guerra porque se sienten agredidos en sus vidas cotidianas y familiares, es decir, en la esencia de su práctica religiosa –si tenemos en cuenta que son culturas religiosas, es decir, que todo lo hacen en torno a principios y normas dadas por su religión-. Combaten a su enemigo porque son agresores ateos que si llegaran a ganar atentarían contra toda su rica historia religiosa, como lo hicieron los chinos en el Tibet, cuya primera tarea fue bombardear los templos budistas. Unos pelean por política internacional, los otros por su religión, es decir, por su forma de vida. Como sabemos, ambas potencias fueron humilladas en esos

países: el ejército norteamericano se retiró en cuatro meses y los soviéticos en diez años. Estos eventos mostraron al mundo la fuerza de la religión en el corazón de pueblos y soldados creyentes.

Ahora bien, no es extraña en la tradición filosófico-literaria de Occidente la existencia de múltiples movimientos de carácter anti-religioso, y particularmente en Occidente; anti-cristianos que pregonaron en su momento la desaparición de todo rasgo religioso del pensamiento humano, no solamente en el mundo cristiano, sino también en el mundo islámico, en el budista, en el hinduista, en fin, allí donde la religión había sido el fundamento de la existencia de comunidades y personas. Vimos como el ilustrado Voltaire en el siglo XVIII privilegiaba los estudios científicos de la obra newtoniana –olvidando adrede su alto contenido teológico, como lo siguen haciendo un gran número de físicos y matemáticos y como se sigue estudiando en nuestras facultades y entre nuestros escolares-, presentándola como una ciencia superior y como el pináculo del pensamiento humano, eliminando cualquier posibilidad de existencia del pensamiento religioso; no en vano afirmó en algún momento que los mitos son locas invenciones de la mente humana, entendiendo por mito historias falsas, fábula o fantasía y, por ende, ignorando la esencia misma de la palabra griega *mythós* que significa historia sagrada. Vimos, pues, la novedad de la obra de Nietzsche, el filósofo alemán que predicó y predijo el fin del judaísmo y el cristianismo, además de todo rasgo metafísico del pensamiento, privilegiando el surgimiento del positivismo como aquella forma de razonamiento que nos llevaría a la claridad intelectual y a la cima del hombre superior, lejos de las tenebrosas aguas de la trascendentalidad. Vimos, en fin, el surgimiento en pleno siglo XX de la obra de Jean Paul Sartre, de Albert Camus y Simone de Beauvoir, que trataron de mostrar la esencia de un ser humano desprovisto de religión y espiritualidad.

De la misma manera, no es exagerado decir que es una herencia intelectual de los siglos XVIII y XIX –específicamente del primero, que ha llegado a designarse como el siglo de las luces, o de la razón, o del triunfo de racionalidad científica-, la idea de que lo más contradictorio a la ciencia es la religión. No en vano a ese siglo se le llamó así, “de las luces”. En efecto, luminosidad, claridad de pensamiento en contraposición a lo oscuro, lo misterioso, que hace directa alusión a la oscuridad medieval en la cual se vio sumida Europa Occidental debido a la influencia del cristianismo. Hoy sabemos que la idea de una Edad Media oscurantista es un simple prejuicio que aún ronda por las aulas universitarias y escolares:

Cuando se habla del medioevo como la gran época que va del siglo V al siglo XIV, se tiene la noción general de que es un tiempo en el cual las formas de pensamiento permanecen inalterables, enmarcadas en el paradigma de la reflexión cristiana. Sin embargo, en un período tan largo es inapropiado sostener dicha cuestión. Es posible demostrar que la actividad intelectual es impresionante, copiosa y que a pesar de que muchas historias de la filosofía o de la ciencia traten de negar un afortunado trabajo de carácter filosófico, con el consabido calificativo de oscurantismo medieval, allí, contrario a lo que se cree, tenemos un rico mundo de reflexión filosófica. Sobre este asunto E. Gilson considera, a propósito de la filosofía medieval cristiana de los siglos XIII y XIV, que, “La imagen de la Edad Media de una duración por lo demás indeterminada, ocupada por una “escolástica” cuyos representantes repetían sustancialmente la misma cosa durante siglos, es un fantasma histórico del que hay que desconfiar” (Gilson, 1965, p. 549). Por supuesto, la creencia de que el medioevo se caracteriza fundamentalmente por una profunda inactividad filosófica en la Edad Media, a fin de cuentas, se debe a que planteamos mal el problema. Debemos considerar que en tanto tiempo los sistemas de pensamiento manifiestan diferentes matices, estilos y características, eso sí, dirigidos por la religión cristiana. Lo que no quiere decir que con la participación del cristianismo no haya filosofía o ciencia de carácter platónica o aristotélica. Pues uno de los prejuicios, entre otros, que lleva a afirmar el oscurantismo, nace de la participación del cristianismo en la filosofía, aun con todo lo que se puede llegar a entender por ésta. Lo que hay que dejar claro es que esa participación depende de la época, del autor que la ejerce o de la corriente de pensamiento que se imponga, además del pensamiento cristiano. En otras palabras, el cristianismo no influencia el pensamiento medieval de la misma forma, como una constante, sino de una manera variada, imponiendo diversos esquemas, producto de la forma en que se entiende la filosofía, y por ende, en la manera de hacerla (Carvajal, 2007, p. 50-51).

El siglo de las luces es, pues, el siglo de la ciencia. Y la herencia de este siglo fue, sin duda, el triunfo, en el siglo XIX y gran parte de la primera mitad del siglo XX, del positivismo lógico-matemático, en el cual hasta la filosofía misma buscó, incluso en los confines del entendimiento humano, un lenguaje científico para expresarse, y a la vez limpiarse, de todo lo que oliera a metafísica, teología, ética, mística y por supuesto, religión. De ahí la recordada y citada sentencia de Ludwig Wittgenstein (1980) en su *Tractatus Logico-Philosophicus*:

El libro trata de problemas de filosofía y muestra, al menos así lo creo, que la formulación de estos problemas descansa en la falta de comprensión de la lógica de nuestro lenguaje. Todo el significado del libro puede resumirse en

cierto modo en lo siguiente: Todo aquello que puede ser dicho, puede decirse con claridad: y de lo que no se puede hablar, mejor es callarse (p. 31).

En esta línea de pensamiento encontramos al citado Wittgenstein, Bertrand Russell, Gottlob Frege y Rudolf Carnap. Y la estampida de los filósofos que se ocupaban de la metafísica, la teología, la ética y la religión no se hizo esperar. En algún momento, incluso, se llegó a afirmar, pensando en Nietzsche y en la innegable supremacía de la filosofía lógico-matemática, que los metafísicos eran unos individuos que mantenían relaciones promiscuas con seres que no estaban en este mundo: el ser, el ente, Dios, la prudencia y todo aquello que no podemos ver ni tocar, porque no existen.

Ni qué decir de los científicos mismos –me refiero a los grandes no a muchos de los científicos menores que se quedaron en el rencor y rechazo por la religión que algunos de sus maestros universitarios les inculcaron cuando eran escolares- que en algún momento se alejaron de Dios y terminaron en el final de sus días abriéndole la puerta. La religiosidad de Einstein es innegable, el ateísmo de Stephen Hawking era literal. Podríamos decir que el ateo más recalcitrante en la ciencia del siglo XX era Hawking, influyendo dos generaciones completas de astrofísicos, pero hace poco comenzó su acercamiento a Dios. Su pequeña cabecita se dio cuenta de lo insignificante que somos en el universo, a pesar de ser un genio.

Si bien es cierto que en Occidente ninguna de estas tendencias se impuso y que todas vieron el furor de la novedad presagiando mejores formas de vida para los humanos y que muchos esfuerzos de líderes y naciones quisieron perpetuarlas, ninguna de ellas se impuso como norma característica de las formas de vida occidentales. Básicamente Occidente aún sigue siendo cristiano –quiero decir, con una fuerte influencia del pensamiento cristiano de los primeros siglos de nuestra era y de las dos culturas sobre las que surgió: Grecia y Roma-. No estoy negando la existencia de otras formas religiosas y culturales en Occidente: muchos afroamericanos, descendientes directos de sus antepasados africanos aún siguen manteniendo sus propias religiones y culturas, más parecidas a las formas que heredaron de dichos antepasados que a las occidentales, a pesar de los 500 años de mutua convivencia en nuestro continente; lo mismo podríamos decir de muchos grupos indígenas que a pesar de la imposición de la cultura occidental y de la agresión hacia sus formas de vida, derivado ello de las guerras de conquista y del despojo de sus territorios primero por los europeos conquistadores y luego por sus



descendientes, durante esos mismos 500 años siguen manteniendo sus religiones y culturas, muchas veces no intactas, debido al sincretismo cultural y a muchos otros factores.

Se había presagiado, pues, el fin de la religión. Sin embargo, los hechos han demostrado lo contrario. Occidente no sólo ha retornado a la religión, sino que también se ha refugiado en espiritualidades de variado tipo: no es extraño que a mediados de los 80 del siglo pasado y hasta más o menos el año 2000, se haya manifestado de una forma impresionante el denominado movimiento cultural conocido como New Age o Nueva Era. Aún son evidentes tanto en la cotidianidad como en los medios de comunicación vestigios de esta corriente. Este movimiento nunca tuvo una doctrina central y estaba constituido de un conjunto enorme de elementos provenientes de muchas partes, esto es, porque no teniendo tal doctrina matriz sus mismos seguidores indistintamente introdujeron elementos provenientes de muchas partes geográficas y de muchas manifestaciones culturales. Así, se pusieron de moda en Occidente las religiones orientales: el Hinduismo en sus cientos de formas, el Budismo en sus diversas ramas, el Taoísmo, el Confusionismo y las religiones chinas tradicionales, que conllevaban parte de las medicinas tradicionales chinas como la acupuntura y el chamanismo chino. Llegaron como novedades las antiguas sabidurías indígenas, la brujería europea, las sectas apocalípticas o del fin del mundo, el satanismo, el Vudú, las técnicas del éxtasis que nos menciona Mircea Eliade, y por ende, el uso de alucinógenos que fueron usados en América con fines sacerdotales como el cactus San Pedro, el yagé, el peyote, el cacao sabanero, los hongos, el mezcal y la cannabis. Además, de tratar de mistificar a ciencias y saberes, como la Arquitectura cuando se le comenzó a llamar Cosmogeobiología, o a la física cuando se habló del Tao de la Física, o la Teosofía o la Cienciología. Eso sí, aclarando que los seguidores de la Nueva Era nunca pudieron abarcar todo lo que acabo de mencionar: se inscribían en una cosa o en la otra o en varias, pero todos reclamaban ser su profeta principal o el derecho de poseer la verdad absoluta.

A pesar de esta variopinta oferta, la Nueva Era sólo se manifestó en aquellos lugares donde había cristianos o, lo que es lo mismo, básicamente en Occidente. Y eso no era gratuito. El movimiento surgió como una reacción al cristianismo tradicional—aunque sus seguidores digan lo contrario— y al fracaso de las ideologías que pregonaron que los humanos son seres racionales y soportados por leyes político-económicas.



Pero, ¿por qué surgió como reacción al cristianismo tradicional y no frente a otra religión actual? A pesar de que el movimiento no es religioso sino cultural –como hemos visto anteriormente-, nació desde elementos básicamente religiosos, pero no de cualquier religión: sólo a propósito del cristianismo histórico. En 1980 Marilyn Ferguson publicó el libro *La conspiración de Acuario*. Este libro, en resumen, asume la idea de que por cuestiones astrológicas estamos abandonando la Era de Piscis y entrando en la Era de Acuario. Acuario conspira contra Piscis. Esto quiere decir que la constelación de Piscis deja de influenciar sobre nuestras vidas, sobre nuestro eterno presente, y será Acuario la constelación que fijará finalmente el destino nuestro y el de la humanidad. Así planteado puede parecer un asunto de mera especulación astrológica. Pero no es así: el mensaje es mucho más profundo, pues Ferguson identifica la Vieja Era de Piscis con la Era Cristiana –esto es, que hay cristianos y forma de vida cristiana por influencia de la constelación de Piscis, así que no vale la convicción como cristiano y mucho menos el mensaje de Cristo, eso es un asunto de las estrellas de Piscis- y no lo hace por razones astrológicas sino históricas, y hasta teológicas.

Es conocida la identificación histórica de Cristo con el Pez, y esa identificación se asume como argumento para demostrar que la Era de Piscis es la Era Cristiana, y no sólo eso –y esto es lo más importante- que la Era Cristiana llegará a su fin por influencia de las estrellas de Acuario, lo que finalmente significa el fin del Cristianismo como religión. De manera que no es tan inocente, como parece serlo, el mensaje ideológico de la Nueva Era, porque al fin y al cabo, desaparecido el Cristianismo será reemplazado por una nueva espiritualidad cuya esencia mencionamos anteriormente. Así nos llegó el siglo XXI en Occidente: a falta de una religión, un universo religioso para escoger de aquí o de allá, contrario a lo que se había presagiado.

## Las agresiones a las culturas religiosas de Oriente

Una característica fundamental de las culturas orientales es que son religiosas. Esto quiere decir que todo lo que hacen –sus formas de vida cotidiana, el deporte, sus técnicas de lucha, sus fiestas, su calendario, su arte, sus relaciones personales, etc.- tienen que ver directamente con sus religiones. Nada de lo que hacen o dejan de hacer esta fuera de su religión. El conflicto se ha presentado cuando sus religiones se sienten agredidas, porque agredir sus prácticas



religiosas significa atacar su cultura misma, sus formas de vida misma, su existencia como pueblo, seres humanos y comunidad.

Así por ejemplo, en primer lugar, el auge del comunismo, luego de la finalización de la Segunda Guerra Mundial, implicó la llegada de su ideología política a desconocidos y remotos lugares del planeta: América Latina, el África sub-sahariana, Indochina y las repúblicas caucásicas. Podríamos resumir la posición de la ideología política comunista, acerca de la religión, en una conversación, en 1948, del presidente de la China comunista, Mao-Tsé-Tung, con el décimo cuarto Dalai Lama, en ese tiempo Rey Sagrado del pequeño país campesino del Tibet. Tras un largo viaje del Tibet a Beijing el Dalai Lama, el joven rey adolescente, escuchó del presidente Mao la lapidaria sentencia: “En efecto, la religión es el opio del pueblo”. Esta frase escandalizó al Dalai Lama. Tenía que ser así: el Tibet era un país religioso, cuyas actividades giraban alrededor de su rica historia espiritual. No sobra decir que luego de la invasión China al Tibet en 1949, con el pretexto de que éste históricamente hacia parte de China, cuidar sus fronteras y modernizar el país, sus templos fueron arrasados y la enorme tradición religiosa del país fue prácticamente destruida: algo sólo comparable a la destrucción de las enormes esculturas de Buda en Afganistán por parte de los Talibanes a cañonazos y dinamita. Tibet jamás volvió a ser el mismo: hoy es un país invadido con su Rey Sagrado en el exilio.

No es, pues, desconocido el hecho de que la política comunista ha sido particularmente agresiva con la religión –sea cual fuere: cristiana, islámica, budista, etc.-. El excesivo optimismo de algunos líderes comunistas los llevó a pensar que la segunda mitad del siglo XX sería atea, secular y, lógicamente, ausente de todo tipo de religiosidad. Sin embargo, lo que nos ha demostrado el correr del tiempo es que a pesar de lo que Mao pensara de la religión –como cualquier otro ideólogo comunista- ha sido trivial. China –la misma China comunista de Mao- sigue siendo hoy un país profundamente religioso. Sus religiones tradicionales, con más de 7.000 años de antigüedad, más su budismo llegado de India y particularizado por los chinos mismos como el budismo Chang o budismo Chino –sincretizado con dichas religiones tradicionales-, más el Confucionismo y el Taoísmo con sus 26 siglos de existencia, y los minoritarios, pero influyentes, Cristianismo e Islamismo, siguen estando ahí, al lado de su innegable éxito económico, político y militar.

Las consecuencias han sido más bien de choques entre la política comunista y las prácticas religiosas, por ejemplo, la prohibición de que los matrimonios

tengan más de dos hijos va en contravía de la adoración de uno de los tres dioses chinos más importantes: el dios de la Posteridad –representado como un hombre joven cargando un niño en su brazo derecho y una niña en su brazo izquierdo– que cumple el ideal de vida chino de tener muchos hijos. Es sagrado que la descendencia familiar sea numerosa, cuestión que ha traído como consecuencia la ejecución de 13 millones de abortos por año ordenados por el Estado Chino –podríamos decir, un genocidio no reconocido por la ONU ni por nadie–.

El sexo ya no es un tabú entre la gente joven, y se creen que pueden aprender todo lo que necesitan en Internet, señala el ginecólogo Yu Dongyan. Las estadísticas del Gobierno chino muestran que 62% de las mujeres que abortan tiene entre 20 y 29 años y la mayoría son solteras. Las leyes chinas establecen que los hijos de las madres solteras no tienen derecho a disponer del carné de registro sin el cual resulta extremadamente difícil acceder a la educación, a los cuidados y a los servicios médicos. Además, los expertos creen que el número real de abortos supera los 13 millones registrados oficialmente, ya que muchos se realizan en clínicas clandestinas ([www.elpais.com](http://www.elpais.com)).

O la importancia del culto a los muertos donde los altares familiares de sus fallecidos compiten con la propaganda política de sumisión a las imágenes o fotografías de los líderes muertos del Partido. Pero el caso de China es universal, lo mismo ha pasado en Vietnam, en Laos, Cuba y Angola.

En segundo lugar, la profunda sensibilidad religiosa de los japoneses, expresada en el milenaria práctica del Sintoísmo y el tardío Budismo Japonés conocido como Budismo Zen –donde las técnicas samurai lo han influenciado, en tal dimensión que es el budismo más disciplinado del mundo, lo que explica de cierta manera la disciplina del japonés común y corriente–, es lo que ha hecho sobrevivir una sociedad asediada por un extremado materialismo en el que la tecnología juega un papel de primer orden; además, no es un secreto que la occidentalización de esta cultura hace peligrar cada vez más la sobrevivencia de sus antiquísimas religiones. Los jóvenes japoneses se parecen cada vez más a los jóvenes occidentales. Sin embargo, lo que ha hecho que ese proceso sea cada vez más lento es, precisamente, el apego del japonés a sus tradiciones religiosas. Esta sociedad no ha colapsado porque su religión le da sentido de unidad, estabilidad social e identidad como pueblo. Por ello seguirán siendo tan extraños para nosotros: una sociedad altamente desarrollada con una espiritualidad fuerte y unas religiones que los identifican en sus maneras de proceder en el mundo. Se había creído, sobre todo desde ciertas teorías sociológicas y políticas, que sociedades altamente desarrolladas

no podían ser sociedades religiosas. Japón ha sido un ejemplo clásico que contradice dichas teorías.

## El protagonismo del islam a finales del siglo XX y principios del XXI

Luego de los ataques de 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos, el mundo en general quedó fascinado por un evento que pocos habían previsto. De hecho, el mundo intelectual universitario se encontró con pocas herramientas teóricas e investigativas para analizar este fenómeno, y nuestros estudiantes y profesores tuvieron que recurrir a los pocos “talleres”, es decir, a los pocos lugares aislados donde pequeños grupos de curiosos se interesaban por cuestiones que aparentemente no incumbían a los intelectuales, sino a crédulos y rezanderos que gastaban su tiempo en relacionarse con Dios o con las múltiples divinidades que pueblan el universo de las religiones, gente “rara” que vive “raro” en un mundo marcado por los avances tecnológicos y el avance desaforado de la ciencia.

Estos pequeños curiosos ya sabían que desde finales del siglo XIX y gran parte del XX los gobiernos rusos y alemanes, y sobre todo, en la primera mitad de este último siglo, José Stalin y Adolf Hitler jugaban cartas políticas, económicas y sociales, en las que la sistemática eliminación de los judíos llevó a millones de personas de la humillación a la muerte. ¿Las razones? Mucho se ha escrito sobre ello: apoderamiento de la economía mundial, racismo, persecuciones religiosas. Lo que aquellos obsoletos curiosos veían era que los judíos habían sobrevivido a las violentas persecuciones, masacres y esclavitud históricas desde los egipcios de la época de Moisés o de Ramsés II alrededor de 1.200 a.C., pasando por las de los asirios, babilonios, griegos, los romanos de los tiempos de Cristo, el despojo de su tierra por siglos desde el siglo II por parte del emperador Adriano y la consecuente diáspora o dispersión por Europa, dando como resultado las corrientes y sucesivas persecuciones de los cristianos europeos –incluidas las de los rusos y los alemanes, pues ellos aún hoy la conciben como una persecución religiosa, aunque la historia diga otra cosa-, hasta que las Naciones Unidas les otorgan de nuevo una patria dónde vivir en 1948. Y habían sobrevivido a todo ello debido a una sola cosa que les daba esperanza y les daba identidad, fuerza y un motivo para tratar de estar otro rato en este mundo: su religión.

Sabían también, aquellos escasos individuos, de la grandeza del Islam desde el siglo VIII hasta el Renacimiento y la Modernidad europeas, cuando lentamente tras el descubrimiento de América, Europa deja de depender del comercio con el extremo Oriente y el mundo islámico, reforzado por el imponente desarrollo de su ciencia y su tecnología. Sabían también que el colonialismo europeo fue llevado a las tierras del Islam, y que un fuerte resentimiento cultural, agregado a una búsqueda de identidad, llevó lentamente a estos pueblos a fuertes movimientos de independencia política y económica. Identidad que hallaron en su religión. Así aquellos oscuros intelectuales vieron nacer las luchas entre los palestinos árabes y los judíos: en la primera mitad del siglo XX las guerrillas judías que trataban de recuperar su país histórico, y en la segunda mitad de este mismo siglo las guerrillas palestinas que luchaban contra los colonos judíos que les habían quitado su tierra con el patrocinio de las Naciones Unidas, y los gobiernos de turno de Estados Unidos e Inglaterra. Vieron también nacer la primera República Islámica en 1979 cuando los iraníes expulsaron a su soberano y a todos los intereses norteamericanos en Irán, gobernándose por hombres santos, los Ayatolas, hechos y fortalecidos en las mezquitas chiítas de Persia.

Vieron, estudiaron y analizaron cómo en las montañas de Afganistán grupos de soldados de Alá, los guerreros santos del Islam, los Muhaiyines, enfrentaban al ejército soviético, uno de los ejércitos más poderosos del mundo. Se dieron cuenta de que aquellos soldados de Alá enfrentaba un invasor ateo, como hemos dicho, y que su guerra era una guerra santa, porque así lo decían sus clérigos y porque esos invasores ateos masacraban su pueblo, destruían sus ciudades, violaban a sus mujeres, maltrataban sus niños y pisoteaban su religión, que es como pisotear su vida misma. Y así vieron cómo Occidente patrocinaba a los soldados de Alá, les dieron millones de dólares, los entrenaron, los armaron y los animaron. Los afganos peleaban por religión y los occidentales por política internacional.

Ellos vieron y se asombraron cómo en las montañas de Afganistán se comenzaba a desmoronar el Imperio Soviético, cómo salieron derrotados y humillados por un grupo de desarrapados soldados hacia 1980 y cómo los europeos del bloque soviético (búlgaros, checoslovacos, alemanes orientales) desafiaron al gobierno de Moscú porque sabían que no vendrían. Sólo una cosa quedó clara: para que Occidente se deshiciera de los soviéticos, lo que no lograron las armas, ni las guerras en el Tercer Mundo, fue necesario que un millón de afganos diera su vida. Se dieron cuenta de que la caída del Imperio



Soviético comenzó cuando su arrogante ejército fue aniquilado por los soldados de Alá en Afganistán (ciertamente, Occidente no ha reconocido esto).

Estos aislados entusiastas del mundo de las religiones vieron cómo de las montañas de Afganistán surgió un líder carismático para el mundo árabe. Un aliado de Estados Unidos que luchó con armas americanas, que recibió entrenamiento militar americano, que manejó millones de dólares americanos (además de los suyos propios): Osama Bin Laden. Vieron también cómo su tiempo de guerrero retirado, después de 1980, lo ocupaba en preocuparse del turbulento mundo político árabe, en hablar a la prensa europea y norteamericana, de sus claras posiciones sobre el asunto árabe. Y así vieron cómo Sadam Hussein invadía Kuwait para quedarse con su petróleo, y cómo George Bush, padre, invadió Irak y expulsó de Kuwait a los ejércitos de Hussein. Pero para poder hacerlo el ejército norteamericano lanzó su ataque desde territorios aliados árabes, específicamente, desde Arabia Saudita. Como sabemos los lugares más santos del Islam están en Arabia y está prohibido que los no-musulmanes entren allí. Se cuenta que Bin Laden enloqueció cuando se enteró que tropas norteamericanas habían pisado su tierra santa. Eso no se lo perdonó ni a los norteamericanos ni a su propia nación, y fue así como les declaró la guerra, que ha tenido nefastas consecuencias, como los ataques a las embajadas americanas en África en los años 90, el bombardeo al USS Cole, los aviones estrellados en el World Trade Center del 11 de septiembre de 2001 y las bombas de Madrid y Londres. Por parte del gobierno de Estados Unidos llegaron las invasiones a Afganistán y a Irak.

Al fondo del camino sólo una cosa quedó clara: la religión sigue estando ahí formando parte de las vidas de los musulmanes –y de todos nosotros- en sus muy variadas formas y manifestaciones. Nos hemos dado cuenta definitivamente de que las sociedades del siglo XXI no pueden dejar de contar con las religiones, aunque el siglo XX se haya presentado como una centuria secular en donde fuertes tendencias de pensamiento políticas, filosóficas, literarias y económicas, esto es, las sociedades comunistas, las ideas de Freud y Nietzsche, la influyente literatura de Camus y Sartre, y las teorías económicas derivadas del marxismo, profesaban una humanidad sin religión cuando afirmaban que ésta era un agregado ideológico que perturbaba y enajenaba las mentes, hasta el punto de que se convertiría en una característica fundamental de sociedades sometidas ideológicamente y atrasadas intelectualmente.

De esta forma, y como una consecuencia de la secularización del siglo XX, las manifestaciones religiosas y particularmente los extremismos se ha-

bían visto como casos aislados, o como síntomas del atraso de comunidades analfabetas, sin educación, que no alcanzaron el desarrollo del pensamiento racional y tecnológico de nuestro tiempo, o algunas veces como extensiones de algún conflicto político, militar o étnico; por ejemplo, los ataques de los grupos de identidad cristiana en Estados Unidos en donde un grupo extremista como el Ku Klux Klan, que tradicionalmente se ha reconocido como cristiano –su principal símbolo es una cruz–, se originó y se desarrolló como un grupo racista entre los campesinos blancos del sur de Estados Unidos, con la idea de que el cristianismo es una religión para blancos, pues según ellos, y otros grupos análogos, consideran que Cristo es un guerrero ario, mezclando ideas racistas con elementos del cristianismo. En este orden de ideas se habían clasificado también las agresiones de los nacionalistas religiosos hindúes a comunidades musulmanas y cristianas en India, el genocidio de la población musulmana de los Balcanes o las masacres mutuas entre musulmanes y cristianos en Nigeria. Es decir que todos estos asuntos nunca se presentaron como un elemento constitutivo de nuestra cultura, sino como manifestaciones espontáneas de sectores bárbaros de la población.

Ahora bien, hay que aclarar que si hoy hablamos del extremismo islámico y señalamos el 11 de septiembre de 2001 como el comienzo de una nueva época, no lo hacemos de una manera tendenciosa, sino como la fecha en que el mundo “civilizado” se dio cuenta de que la religión no es un simple asunto de creyentes o rezanderos, o la costumbre de un grupo de ancianos que no tienen nada más que hacer, o la forma de vida de un grupo de fanáticos que expresan su modo de existencia sólo en ella, o el aglutinamiento de grandes masas en torno a santuarios o centros de peregrinación. En esta fecha nos dimos cuenta de que la religión es parte constituyente de nuestra cultura, que creyentes y no creyentes estamos influenciados por las acciones y omisiones de las religiones del mundo, de la misma manera en que nos afecta lo que sucede en la ciencia, la tecnología, la economía o la política. De este modo, debemos considerar que en el mundo hay múltiples expresiones religiosas, cuyas implicaciones globales son impredecibles. Y no sabemos a ciencia cierta cuál será la dinámica de su evolución.

Claro es que la religión, en cualquiera de sus formas, es parte esencial de nuestras vidas en indeterminados lugares del planeta, con abrumadoras consecuencias políticas, económicas y sociales. Es aquí donde tiene razón de ser la afirmación de que ella es parte fundamental de nuestra dimensión humana. Porque a pesar de que haya manifestaciones violentas religiosas, éstas

no se encuentran en la base de las religiones; eso pertenece más bien a las interpretaciones que personas particulares hacen de los principios mediante los cuales funcionan las religiones en general. Realmente los mensajes centrales religiosos giran en torno a la tolerancia, la pluralidad y al reconocimiento del otro, como formas de convivencia ciudadana, y como relación con el mundo divino. De ahí la pertinencia de esta pequeña reflexión: pensar que la persona no sólo es un ser racional, sino también un ser religioso, y que aunque algún individuo o un grupo humano nieguen la religión o las diversas formas de expresarse, de todas maneras su vida se verá influida por ellas. Esa lección la aprendimos hace poco, y de qué manera.

## Referencias

- Arboleda, Carlos. (Comp.) (2000). *Pluralidad religiosa*. Medellín: Secretariado de Ecumenismo, Arquidiócesis de Medellín.
- Barylko, Jaime. (1990). *Celebraciones judaicas*. Buenos Aires: Lumen.
- Beaver, Pierce. (1985). *El mundo de las religiones*. Navarra: Verbo Divino.
- Borges, Jorge. (1980). *Siete noches*. México: F.C.E.
- Brezzi, Francesca. (1995). *Las grandes religiones*. Bogotá: Norma.
- Brunner, August. (1963). *La religión*. Barcelona: Herder.
- Carvajal, Johman. (1999). De la religiosidad afroamericana. *Pensamiento Humanista*, (5), 46-57.
- \_\_\_\_\_. (1999a) Nueva era y astrología. *Pensamiento Humanista*, (5), 60-70.
- \_\_\_\_\_. (2007). *El desarrollo del pensamiento moderno: la filosofía de la naturaleza de Descartes*. Medellín: UPB.
- Concilio Vaticano II. (1986) *Documentos completos*. Bogotá: Ediciones Paulinas.
- De la Pienda, Jesús. (1998). *El problema de la religión*. Madrid: Síntesis.
- Fierro, Alfredo. (1984). *El hecho religioso*. Barcelona: Salvat.
- Hitti, Philip. (1973). *El Islam, modo de vida*. Madrid: Gredos.
- Mardones, José. (1991). *Capitalismo y religión: la religión política neoconservadora*. Santander: Sal Terrea.
- Pareja, Félix. (1975). *La religiosidad musulmana*. Madrid: BAC.



Patiño, Carlos. (1998). *Política e identidad en el comienzo del siglo XXI*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.

Saddhatissa, H. (1974). *Introducción al budismo*. Madrid: Alianza.

Sampedro, Francisco. (1995). *Sectas y otras doctrinas de la actualidad*. Bogotá: CELAM.

Tinq, Henri. (1995). *El hecho religioso*. Madrid: Alianza.

Wittgenstein, Ludwig. (1980). *Tractatus logico-philosophicus*. Madrid: Alianza Universidad.

